

Norma 1

Conviene aproximarse a un donjuán sin observarlo de antemano a distancia, pues de lejos sus seductores encantos no pueden herir la sensibilidad de una refinada dama.

El sofocante calor que emanaba del fuego del globo hizo que unas gotas de sudor se deslizaran bajo el corsé de Meredith Merriweather. No obstante, ésta sostuvo con firmeza el catalejo, enfocándolo sobre el caballero impecablemente vestido que paseaba por la orilla de las ondulantes aguas del Serpentine, unos diez metros más abajo.

—¡Demontre! ¿No puede hacer que la barquilla descienda un poco más? —gritó Meredith al piloto apartando momentáneamente el catalejo de su ojo—. ¡Se está alejando!

—Lo intentaré, señorita Merriweather, pero no le prometo nada —respondió el irlandés con tono hosco. Meredith habría jurado que le vio poner los ojos en blanco.

De pronto Meredith observó un movimiento y se llevó el catalejo al ojo para observar a una mujer de pelo negro que se aproximaba por el norte.

—Adelante, Giselle —murmuró Meredith—. Utiliza tus encantos.

Meredith contuvo el aliento y esperó. Sin duda el hombre no podría resistir la morena belleza de la cortesana, ni el contoneo de sus caderas. Ningún hombre era capaz de resistirse a ella. El atractivo de Giselle era calculado. Perfecto.

Una gigantesca sombra en forma de cebolla cayó sobre el caballero cuando el globo se interpuso entre el sol y él. El caballero se volvió, alzó la vista, escudándose los ojos con la mano, y contempló la voluminosa silueta del globo.

Los músculos de Meredith se tensaron brevemente y luego se relajaron. Aunque el caballero la viera, pensó, no tenía nada que temer. Los paseos en globo por Hyde Park eran muy populares hoy en día, y aunque ver flotar un inmenso globo no dejaba de ser un espectáculo extraordinario, no tenía nada de sospechoso.

Meredith enfocó de nuevo a Giselle con su catalejo. ¡Oh, no! ¿Por qué indicaba al caballero que se acercara a los árboles? Meredith apartó bruscamente el catalejo de su ojo. ¿No había dicho a Giselle que permaneciera en el sendero, a la vista de todo el mundo?

Meredith volvió la cabeza para asegurarse de que el piloto del globo comprendiera lo urgente de la situación.

—¡Vamos a perderlos de vista! ¡Haga descender el globo, por favor!

El piloto de rostro curtido miró a Meredith con sus extraños ojos como los de un insecto, sin pestañear. ¿Por qué no obedecía las órdenes que le daba Meredith? ¿Le había pagado cuatro veces más de la tarifa normal!

—Disculpe, señorita —respondió el piloto mirando nervioso sobre el desgastado borde de la barquilla de mimbre—. Pero si descendemos un par de metros más aterrizaremos sobre las copas de los robles, o algo peor. ¿Es necesario que espíe a ese hombre? ¿Merece la pena que choquemos contra las malditas ramas de los árboles?

Meredith sofocó una exclamación de protesta ante semejante impertinencia.

—¿Cómo se atreve a acusarme de espiar? Estoy llevando a cabo un experimento científico, que usted, señor mío, está a punto de malograr.

Asomándose sobre el borde de la barquilla, Meredith contempló las hojas de los árboles y luego se volvió hacia el descarado piloto.

—Faltan por lo menos tres metros para que rochemos los árboles. Haga el favor de hacer que la barquilla descienda un metro.

Sacudiendo la cabeza con gesto resignado, el piloto hizo una señal a su compañero, que controlaba la cuerda, y que les observaba desde el suelo, y alzó un rollizo dedo.

La barquilla dio una sacudida y Meredith se golpeó la cadera contra un costado.

—Gracias —dijo con tono de reprimenda al piloto, quien se esforzó en reprimir una divertida sonrisa.

Separando los pies para mantener el equilibrio, Meredith apoyó su dolorida cadera contra la esquina de la barquilla. Nunca había estado tan cerca del donjuán más famoso de Londres, y aunque flotaba sobre las copas de los árboles, se sintió turbada. Notó un escozor en el escote debido a una repentina erupción cutánea y al rascarse comprobó que tenía también la palma de la mano húmeda.

Meredith, a quien un tipo semejante había destrozado su corazón y su reputación hacia dos años, sabía el daño que Alexander Lamont y los de su calaña eran capaces de causar.

La joven apoyó los codos en la barandilla de la barquilla y miró por el catalejo, enfocándolo sobre la airosa figura del caballero en cuestión.

¡Demontre!, el atractivo del donjuán era evidente incluso desde esa altura. Tenía la mandíbula firme, pronunciada y ligeramente tostada por el sol. Era más alto que la mayoría de los hombres. Tenía la espalda ancha y musculosa, la cintura estrecha y... ¡cielo santo! Meredith tragó saliva y se apresuró a enfocar el catalejo más abajo, de forma que sólo contempló los muslos, exquisitamente esculpidos, del caballero. La joven no pudo por menos de reconocer que era el ejemplo de macho humano más perfecto que había visto jamás.

No obstante, si lo que se rumoreaba en los salones de té era cierto —¿cuándo no lo era?—, Lamont era también el perfecto ejemplo de un libertino, y de la peor especie. Su nombre había sido relacionado con un sinfín de mujeres, desde señoritas de la alta sociedad a coristas. Pero no había sido eso lo que le había elevado a la cúspide del libertinaje, sino el hecho de que le hubieran pillado en la cama con la joven esposa de un reputado ministro de la Cámara de los Comunes.

A diferencia de otras personas, Meredith no creía en absoluto que Alexander, el licencioso lord Lansing, hubiera dejado de ser un mujeriego y se hubiera reformado.

Era imposible. Y Meredith lo demostraría observando los progresos de Giselle a la hora de revelar la auténtica naturaleza de ese libertino.

¡Oh, no, Giselle le había conducido hacia un banco debajo de un gigantesco roble!

—Por favor, descendamos un poco más —le imploró Meredith al piloto.

El irlandés meneó la cabeza con gesto solemne.

—Es una imprudencia —respondió.

Meredith soltó una exclamación de protesta al tiempo que se agachaba en el suelo de la barquilla y sacaba las últimas cuatro monedas de oro de su ridículo. Luego se incorporó, enderezó la espalda e imploró al piloto por última vez:

—Otra guinea por cada palmo que haga descender este artefacto

El piloto dudó unos instantes, pero a juzgar por el maltrecho estado de la barquilla y la forma en que el hombre se pasó la lengua por sus ajados labios, estaba claro que ya saboreaba el dinero.

Meredith movió con el pulgar las monedas en la palma de su mano, haciendo que emitieran un tintineo irresistible.

—De acuerdo. Un metro —dijo el piloto al hombre que controlaba la cuerda desde el suelo—. Ni un centímetro más.

Como si hubiera oído las instrucciones del piloto, Alexander Lamont alzó la vista y contempló el gigantesco globo rojo, que en esos momentos estaba suspendido a tan sólo un metro y medio del suelo.

Meredith se apresuró a ocultar su catalejo en la barquilla y dirigió la vista hacia el Serpentine, como si observara las aves acuáticas que se deslizaban sobre la reluciente superficie del lago. De pronto tuvo la angustiosa sensación de que el fondo de la barquilla rozaba algo.

¡Iban a chocar con las copas de los árboles! Meredith levantó la vista y observó cómo una rama rasgaba el tejido rojo del globo. Acto seguido se oyó una ensordecedora y flatulenta pérdida de aire y la barquilla dio una sacudida y cayó entre las puntiagudas ramas de los árboles.

Meredith lanzó un grito de terror y se agachó en el interior de la barquilla, protegiéndose la cara con las manos.

—El globo se ha roto y vamos a aterrizar. —La débil voz del piloto denotaba temor, lo cual no hizo sino intensificar el terror de Meredith—. ¡Agárrese!

—¿Que me agarre? —preguntó Meredith retirando las manos de sus ojos y buscando desesperadamente algo a lo que sujetarse en las entrañas de la barquilla. Pero no había nada—. ¿A qué, señor?

—¡A la barandilla, so boba!

Arrastrándose de rodillas hacia el piloto, Meredith deslizó las manos sobre el áspero mimbre del cesto hasta tocar la barandilla y la sujetó con fuerza.

Pero el cambio de peso fue demasiado brusco. La barquilla, que se hallaba suspendida entre las copas de los árboles, se inclinó de un lado y arrojó a Meredith al suelo, como una tetera vertiendo su última gota de té.

Se golpeó la espalda contra una gruesa rama y sintió un dolor que la dejó sin aliento. Comenzó a boquear al tiempo que caía al suelo a una velocidad terrorífica, rasgándose el vestido y arañándose su delicada piel.

Observó la expresión de estupor en los ojos de Alexander Lamont cuando se precipitó sobre él. ¡Que Dios me asista!, pensó Meredith cerrando los ojos.

Maldita sea.

Se había partido las costillas, y quizá también la espalda, pensó Alexander, que yacía en el suelo. En todo caso su flamante levita de color azul estaba hecha una pena.

¿Qué diablos había ocurrido?

Alexander alzó la cabeza de entre la hierba y contempló un curioso espectáculo: unos muslos desnudos de mujer atravesados sobre su vientre.

Maldita sea. Acababa de jurarse que permanecería casto, que sería la viva imagen del decoro hasta el matrimonio —o la muerte de su padre—, cuando empezaban a lloverle mujeres del cielo.

Alexander, que yacía postrado de espaldas, retiró una pesada rama de su hombro y sopló para apartar las hojas húmedas de rocío que tenía adheridas a la mejilla. Le dolían todos los músculos del cuerpo.

Se incorporó lentamente sobre un codo y contempló maravillado la hermosa mujer que yacía sobre su cuerpo, envuelta en un arrugado amasijo de seda azul oscuro.

La joven no se movía, y durante unos segundos Alexander no estuvo seguro de si se había muerto tendida sobre él. Pero al observar el movimiento de su pecho sintió una profunda sensación de alivio.

—¿Señorita?— Alexander movió un poco la cadera. Pero la joven no se movió—. Tengo las piernas adormecidas. ¿Puede moverse?

No hubo respuesta. Esto empeoraba por momentos.

Alexander alzó la mano derecha, enganchándosela en una maraña de rizos cobrizos. Incapaz de desengancharse, consiguió, tras algunos esfuerzos, retirar la mano bruscamente, pero arrancó un largo mechón con el sello que lucía en el dedo.

Alexander oyó un gemido y de pronto contempló los ojos más azules que había visto jamás. Unos ojos azules enfurecidos, del color y la dureza de unos zafiros pulidos.

—¿Pretende arrancarme todos los pelos de la cabeza, señor, o tendrá la amabilidad de dejarme algunos?

Alexander no respondió. Sabía que era inútil, pues no existía una respuesta correcta. Las mujeres eran muy astutas.

La joven comenzó a desenredarse la melena con sus delicadas manos del color de la nata dulce. Cuando al fin lo consiguió se levantó con un ímpetu innecesario, pensó Alexander, haciendo que éste sintiera una increíble punzada de dolor en las costillas.

La joven se inclinó hacia atrás, apoyándose sobre los tacones de sus botines, y miró a Alexander torciendo ligeramente el gesto y mordiendo su rosado y carnoso labio inferior.

Su rostro ovalado, enmarcado por una caballera de un rojo vibrante, mostraba una palidez anormal, salvo por el arañazo de color escarlata que le atravesaba la mejilla izquierda.

—¿Puede levantarse?— le preguntó con tono dulce y solícito a Alexander, tendiéndole la mano. Pero sus ojos traslucían irritación. Junto con algo más palpable. ¿Quizás odio?

Qué curioso.

Apoyando la palma de su mano libre en la mullida tierra, Alexander se incorporó tratando de reprimir una mueca de dolor.

En el delicado rostro de la joven se dibujó una expresión de alivio.

—Yo... le agradezco que amortiguara mi caída.

Al hablar, la joven apoyó los pulgares a ambos lados de su cintura y por el movimiento tentativo de sus manos, Alexander dedujo que se palpaba la columna vertebral. Ella reprimió un gemido de dolor. De pronto se oyó el chasquido de una rama al partirse y la joven alzó los ojos, fijándolos en un punto situado detrás de la cabeza de

Alexander. Éste oyó de pronto la voz cantarina de su nueva amiga francesa:

—Usted y su piloto tienen suerte de no haber sufrido ningún daño, *mademoiselle*. Fíjese en el globo.

En esto se oyó un rumor de hojas y el piloto de rostro curtido cayó de una rama, con un golpe seco, sobre la tierra húmeda junto a ellos.

De entre los árboles salió un fornido individuo con una cuerda enrollada alrededor del hombro y la axila, que Alexander dedujo que era quien controlaba las cuerdas del globo. El hombre se dirigió hacia ellos a la carrera, jadeando debido al esfuerzo.

—¿Están bien?

—Sí, pero hemos tenido suerte. —El piloto miró furioso a la joven pelirroja—. Ya le dije que volábamos demasiado bajo —le espetó sacudiendo enérgicamente el dedo con que apuntaba al globo desinflado que cubría la elevada copa del árbol—. ¡Miren cómo ha quedado mi *Betsy*! ¡Me debe usted un montón de dinero!

Meredith miró desesperada al piloto y a Alexander con sus azules ojos

—Yo... Yo... ¡Dios mío! —La joven se llevó una mano a la mejilla, en la que aparecieron tres gotitas de sangre del profundo arañazo que se había hecho. Luego puso los ojos en blanco y se desplomó de nuevo sobre Alexander.

Olvidándose de su propio dolor, éste sostuvo el cuerpo de la joven en sus brazos. Miró su pálido rostro, teñido por la sangre que brotaba del arañazo en su mejilla, y luego se volvió hacia el piloto.

—¿Sabe cómo se llama esta señorita? ¿Dónde vive?

—Es la señorita Merriweather —respondió el piloto—. Vive en Hanover Square o cerca de allí.

—¡*Mon Dieu*! ¿Va a morirse?

Alexander alzó la vista y miró a la francesa mientras ésta recogía y le entregaba lo que Alexander supuso que eran las pertenencias de la joven.

—No, querida. Pero me temo que necesita que la atienda de inmediato un médico. —Alexander sacó del bolsillo de su levita una flamante moneda y se la arrojó a su nueva amiga—. Con esto podrá regresar a su casa. Lamento no haber podido ayudarle a quitarse el guijarro que tenía en la bota, tal como me pidió.

—*Merci, monsieur*. —La señorita de ojos negros atrapó la moneda al vuelo y se la guardó sonriendo en su generoso escote—. Y no se preocupe por mi bota. El guijarro se caerá solito —dijo sonriendo con coquetería—. O quizá no. Quizá tenga usted la amabilidad de pasarse esta tarde por Portman Square para ayudarme a librarme de él, ¿*oui*?

Alexander sonrió pero siguió con su tarea, alzando a la pálida joven en sus brazos y, tras sortear el montón de ramas partidas y hojas desparramadas por el suelo, echó a andar por el sendero.

—¿Adónde la lleva, *monsieur*? —preguntó la francesa con marcado acento y un dejo de preocupación.

—A casa —contestó Alexander sin volverse—. La llevo a casa.

Había dicho que la llevaba a casa.

Cielo santo, Meredith confió en que se refiriera a su casa, no a la siniestra guarida en la que debía de habitar ese libertino. De lo contrario, se vería en una situación extremadamente comprometida.

Mientras Alexander avanzaba apresuradamente, sosteniendo con su musculoso brazo la dolorida espalda de Meredith, ésta mantuvo los ojos cerrados, fingiendo que estaba inconsciente.

Sí, era mentira, pero no podía remediarlo. Meredith lamentó no haber tenido el valor suficiente de caer sobre su maltrecha espalda, en lugar de desplomarse de nuevo sobre el pecho de lord Lansing.

Pero el piloto del globo había estado a punto de revelar su experimento y ella había tenido que impedirselo. Y lo primero que se le había ocurrido había sido desmayarse. Viola, su tía abuela, una mujer muy bondadosa, utilizaba ese truco siempre que era necesario y con gran éxito. ¿Por qué no iba a utilizarlo ella?

Por supuesto, Meredith no se había parado a pensar en las consecuencias de su desmayo. En esos momentos se hallaba en brazos del hombre más peligroso de Londres, que la transportaba a... ¡Oh, no! Meredith olfateó el aire y se estremeció. ¡Eso no!

¡Caballos! Olía a caballos. Meredith oyó los relinchos y los movimientos nerviosos de los animales. Aterrorizada, sintió que el corazón le latía aceleradamente.

¡La llevaba a un establo! Meredith comprendió que su pequeña locura había durado demasiado. ¡Tenía que poner fin a la misma en el acto!

De forma calculada, dejó que su cabeza se inclinara lentamente hacia delante hasta topar con un grueso botón.

Había llegado el momento de emitir un murmullo.

Aderezado por un breve suspiro. Perfecto, perfecto.

De pestañear y... abrir los ojos.

¡Maldita sea!

Al abrir los ojos, Meredith contempló unos ojos verde musgo rodeados por una franja del color del té. La combinación no era inusual. Ella estaba segura de haberla visto antes. Pero la mirada cálida y reconfortante de esos ojos hizo que deseara sumergirse en ellos durante unos momentos.

—Veo que ha regresado a mí —dijo lord Lansing sonriendo de una forma que hizo que Meredith sintiera que le hervía la sangre y que su cuerpo se derretía como gelatina.

De pronto, Meredith sintió un escalofrío de angustia. ¡Cielo santo! Había vuelto a suceder. ¡Se estaba dejando seducir de nuevo por un sinvergüenza!

Pero esta vez ella no estaba dispuesta a ceder tan fácilmente. La humillación y el dolor que había sentido la vez anterior por poco la habían matado. ¡No dejaría que volviera a ocurrir!

Meredith achicó los ojos y miró furiosa a Alexander.

—Se lo imploro, señor. Déjeme enseguida en el suelo.

Meredith chasqueó los dedos dos veces, como había visto hacer a su tía abuela cuando los sirvientes se demoraban, pero sólo consiguió que lord Lansing la mirara con expresión divertida.

—Aquí lo tiene, señor. Le he cepillado bien, tal como usted desea.

Meredith se volvió y vio a un mozo de cuadra conduciendo el caballo más gigantesco que había visto en su vida. Tenía el pelo de un negro azulado y reluciente, e incluso ella, que sentía un exagerado respeto —en realidad terror pánico— hacia esos animales, tuvo que reconocer que era... espectacular.

Acto seguido lord Lansing la alzó como si fuera una pluma (cosa que con sus gruesos muslos y su rollizo trasero ella sabía que no era) y la depositó sobre el lomo del descomunal equino.

—¡No! —protestó Meredith alargando las manos y tratando de asir las mangas de Lansing. Los labios le temblaban.

—Descuide, señorita. No montará sola. —Tras estas palabras, Alexander apoyó el pie en el estribo, alzó su bien formada pierna so-

bre el lomo del caballo y se sentó en la silla detrás de ella. Acto seguido el donjuán la rodeó con sus brazos y la estrechó contra sí.

¡Sí, contra esa parte de su cuerpo! Meredith sintió contra su muslo las ardientes curvas que se perfilaban a través de los ajustados calzones de gamuza que utilizaban los hombres en esa época.

Sintió que se ruborizaba y supuso que, en contraste con la palidez de su rostro, sus mejillas estarían rojas como unas brasas.

Cuando Alexander puso el caballo al trote, Meredith reclinó, no sin cierta reticencia, la cabeza contra su atlético torso y, apoyando una mano sobre el muslo de lord Lansing para conservar el equilibrio, se sujetó con la otra a su levita.

Alexander la miró sonriendo y se enderezó en la silla. Fue entonces cuando ella se fijó en su pelo. A juzgar por los mechones que asomaban debajo del sombrero, era tan negro como la cola del caballo, que éste no dejaba de menear.

—Vive usted en Hanover Square, ¿no es así?

El tono grave de su voz resonó en el pecho de Meredith, produciéndole una intensa vibración que le alcanzó... Bien, no es necesario entrar en detalles.

—Puedo ir caminando, señor. De modo que si hace el favor de...

—No puedo consentirlo, señorita Merriweather. Lo tengo por norma. Cada vez que una mujer cae del cielo sobre mis rodillas, la acompaño para dejarla sana y salva junto a su familia. —Alexander fijó sus hipnotizadores ojos en los suyos—. Por cierto, soy lord Lansing.

—Sé quién es usted —respondió Meredith ladeando la cabeza y sosteniendo su mirada—. Todo Londres, al menos el sexo débil, le conoce. Es usted el donjuán más famoso de Londres, lord Lansing.

Alexander se echó a reír.

—Temo que me confunde con otro.

—No.

—Le aseguro que sí. El lord Lansing al que se refiere ya no existe. Me he reformado, señorita Merriweather.

Meredith soltó una risita burlona ante semejante desfachatez.

—No obstante, dada su anterior reputación, y mi condición de mujer soltera, sería imprudente que siguiera en su compañía. De modo que si detiene el caballo y permite que desmonte...

—Lo siento, señorita Merriweather, pero insisto en acompañar-

la a casa. ¿Recuerda lo que he dicho sobre las mujeres que caen del cielo? —preguntó Alexander apuntando un dedo hacia lo alto—. Lo tengo por norma. No puedo romperla.

Su voz denotaba un tono socarrón. En otras circunstancias —y de haberse tratado de otro hombre— Meredith habría sonreído. Pero en esos momentos estaba sentada en una silla de montar, apretujada contra el peor libertino de Londres, dirigiéndose a caballo hacia Mayfair. ¡Y no podía hacer nada al respecto!

—Mientras se paseaba en el globo, la oí ordenar al piloto que se dirigiera hacia los árboles. ¿Qué hacía allí arriba?

—¿Qué? —Mientras Meredith se devanaba los sesos en busca de una excusa plausible, el muy bribón sacó del interior de su levita un objeto de metal. Cuando el sol se reflejó sobre el catalejo, Meredith sintió que la sangre se le helaba en las venas y durante unos instantes temió desmayarse.

—Este catalejo estaba junto a usted. ¿Estaba espionando?

—¡Por supuesto que no! —El trote del caballo intensificó el dolor que Meredith sentía en la espalda, junto con su angustia—. Estaba... observando a las aves. Y vi una especie muy rara en los árboles.

—¿De veras? —preguntó Alexander sonriendo—. Yo también soy aficionado a observar las aves. ¿A qué especie se refiere?

Meredith sintió que enrojecía hasta los lóbulos de las orejas.

—Esto... al bribón... al pinzón escarlata bribón.

Meredith miró tímidamente a Alexander y observó una incipiente sonrisa.

—Confieso que jamás había oído hablar del pinzón escarlata bribón.

—Como he dicho, es una especie muy rara. —Meredith volvió la cabeza y se puso a observar, con intensa fascinación, la estrecha casa adosada frente a la que pasaron.

¡Cielos! ¿No acababa de ver a lady Ashton observarlos a través de la ventana de su salón? Lo último que deseaba era que la vieran con semejante libertino. Su reputación se había ido al traste después de su último encuentro con un sinvergüenza de esa calaña. Fue sólo la elevada posición que ocupaban sus tías abuelas entre la alta sociedad lo que impidió que se le cerraran todas las puertas, aunque ella no hubiera tenido la culpa del episodio que había causado su desgracia.

Lord Lansing le entregó a Meredith un pañuelo.

—Para su mejilla —dijo.

Meredith asintió con la cabeza en silencio y oprimió el pañuelo contra su cara, enjugándose la sangre.

—Ahora puedo ver su bonito rostro —dijo Alexander. Su mirada ardiente hizo que Meredith sintiera un reconfortante calor—. La herida ha dejado de sangrar.

—No me sorprende. Eran unos arañazos sin importancia. —Meredith alzó un dedo y añadió—: Gire aquí.

Lord Lansing tiró ligeramente de la rienda derecha y su colosal montura entró trotando en Hanover Square. Ella experimentó una sensación de alivio, la cual aumentó cuando el donjuán se detuvo ante el número 17 y desmontó de un salto.

Es decir, hasta que Meredith cayó en la cuenta de que Lansing la había dejado sentada sobre el lomo del gigantesco animal, sola. En aquellos momentos la asaltaron unos penosos recuerdos de cuando tenía cinco años, postrada en la cama durante meses, con la pierna rota y vendada.

Se sujetó entonces al pomo de la silla, temblando de miedo, hasta que lord Lansing alzó sus musculosas manos para ayudarla a desmontar.

—Permítame que la ayude, señorita Merriweather. Suelte la silla. Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—No... no puedo —balbució. Estaba segura de que el caballo iba a desbocarse.

De pronto sintió las cálidas manos de lord Lansing ciñéndola por la cintura.

—Ya la tengo. Puede soltar la silla.

Pero Meredith era incapaz de responder. Temblaba hasta tal extremo que los dientes le castañeteaban.

En esto se abrió la puerta principal y aparecieron sus dos tías abuelas, lady Letitia y lady Viola Featherton.

—¡Pero niña! —exclamó tía Letitia, la cual tenía forma de nabo—. ¿Qué haces montada sobre ese inmenso caballo, Meredith? ¡Bájate ahora mismo!

Pero Meredith no pudo articular palabra y, en lugar de responder, miró en silencio a sus tías mientras sus dientes seguían castañeteando.

—Mira sus dedos, hermana. Están blancos como la escarcha. Esa pobre niña está pálida de terror.

—Ya lo veo, Viola. Por eso quiero que desmonte. —Su tía Letitia se fijó entonces en el donjuán—. Es usted un hombre fuerte, señor. ¿Quiere hacer el favor de bajarla de la silla? Bájela sin contemplaciones. Ya la hemos visto otras veces en ese estado. Me temo que no lo lograremos convencerla para que desmonte ella sola.

Lord Lansing saludó a la anciana con una inclinación de cabeza y miró a Meredith.

—¿Está preparada?

Como respuesta, Meredith emitió un sonido como si tocara las castañuelas con los dientes. ¡Señor, qué humillación!

—Bien, vamos allá. —Lansing sujetó a Meredith con fuerza por la cintura y la bajó de la silla de montar con un brusco movimiento.

Unos instantes más tarde Meredith se hallaba sobre la acera adoquinada, ante la elegante mansión urbana que poseían sus tías en Mayfair.

Con el gesto típico de un seductor, lord Lansing le ofreció su brazo, y aunque ella no deseaba tomarlo, no tuvo más remedio que hacerlo. Luego, como el más educado de los caballeros, Lansing la ayudó a subir los peldaños de la entrada y la acompañó hasta donde se hallaban sus tías.

Para no inquietarlas, Meredith se volvió hacia lord Lansing, tratando de ocultar su maltrecha mejilla a los ojos de las ancianas.

—Aunque resido no lejos de aquí —dijo el conocido donjuán a Letitia y a Viola cuando se detuvieron ante ellas—, me atrevería a afirmar que no nos movemos en los mismos círculos. Soy Alexander Lamont... lord Lansing. —Alexander se inclinó ante las dos ancianas, las cuales respondieron con una pequeña reverencia—. Creo que conocen a mi padre, el conde de Harford.

—Desde luego. Hace mucho que no le vemos, desde que se trasladó al campo. —Tía Letitia se volvió hacia su hermana—. Recuerdas al joven lord Lansing, ¿no es así, Viola?

—Por supuesto. Confieso que es la viva imagen de su padre cuando era joven. Un parecido asombroso. —Viola sonrió alegremente al tiempo que Meredith observaba una fugaz expresión de horror en el atractivo rostro de Lansing. Supuso que el bienintencionado cum-

plido de su tía no había sido interpretado como tal—. ¿Cómo está usted, lord Lansing?

—Muy bien. Aunque me temo que mi visita hoy no es por un motivo agradable. Su... —añadió señalando a Meredith con la cabeza.

—Nuestra sobrina nieta —respondieron las ancianas de pelo canoso al unísono.

—Su sobrina nieta sufrió una caída tremenda hace menos de media hora, y no estoy seguro de que no se haya lastimado seriamente. —Con gran desfachatez, Lansing apoyó una reconfortante mano sobre el huesudo brazo de Viola—. Se cayó de un globo aerostático, a través de un roble.

Ambas ancianas se volvieron hacia Meredith.

—¿Te has hecho daño, querida? —le preguntó tía Viola, extendiendo la mano y atrayéndola hacia sí.

Meredith abrió la boca para responder y comprobó con alivio que sus dientes habían dejado de castañetear.

—No, tía. Me hice un pequeño rasguño en una mejilla y la espalda me duele un poco. Aparte de eso, te aseguro que estoy perfectamente.

Tía Viola observó a Meredith durante unos momentos para cerciorarse de que su sobrina era sincera.

Era imposible ocultar el rasguño en su mejilla, pero Meredith no estaba dispuesta a que su tía supiera que la espalda le dolía como si la hubieran quemado con un hierro candente. Viola, que siempre se preocupaba por todo, insistiría en que guardara cama durante una semana como mínimo. Y ella tenía muchas cosas que hacer.

—No te preocupes por mí, tía. No niego que pude haberme lastimado gravemente al caer del globo... de no haber amortiguado el golpe este valeroso caballero con su cuerpo —dijo Meredith volviéndose hacia lord Lansing y sonriendo forzosamente.

—¡Qué galante es usted, lord Lansing! —exclamó tía Letitia adelantándose para darle un afectuoso apretón en el brazo. Pero de pronto se fijó en su levita manchada de tierra y torció el gesto—. Espero que Meredith no le haya causado ningún problema, señor. Es una joven un tanto impetuosa, que siempre anda metiéndose en algún apuro.

Meredith emitió un leve gemido de protesta, pero calló cuando su tía Viola le propinó un disimulado pellizco.

—Después de esta desagradable experiencia, señor —terció tía

Viola, que estaba delgada como un palo—, insisto en que entre en casa y tome un refrigerio con nosotras.

—Me encantaría, señora, pero me temo que tengo que atender un asunto urgente.

Sin duda retozar con cierta cortesana francesa, pensó Meredith. Conocía bien a los de su calaña. Pero daba lo mismo: Giselle se lo contaría todo a la mañana siguiente.

Lord Lansing sacó una tarjeta de visita de un bolsillo oculto en su levita cubierta de tierra y se la entregó a Meredith.

—Si necesita de nuevo mis servicios, señorita Merriweather, no dude en comunicármelo —dijo Lansing esbozando una deslumbrante sonrisa que hizo que Meredith sintiera que las piernas no le sostenían.

Tras despedirse de ella con una lenta reverencia y de cada una de sus tías con un rápido gesto de la cabeza, lord Lansing, el conocido donjuán, montó de un salto sobre su gigantesco corcel y se alejó de la plaza a galope.

Las ancianas tías de Meredith emitieron unos suspiros de satisfacción.

Tía Letitia se apoyó en el hombro de Meredith y se encaminó renqueando junto a ella hacia la puerta.

—Qué hombre tan atractivo, ¿no te parece?

—Sí —murmuró Meredith—. Todos lo son.

—No obstante, debo aconsejarte que no mantengas ningún tipo de relación con ese caballero, pues he oído decir que en realidad no es un caballero.

Tía Viola sujetó a Meredith por la parte superior del brazo, pero al entrar en la casa y dirigirse hacia la sala de estar, se volvió hacia su hermana y dijo:

—No digas esas cosas, Letitia. ¿No has oído decir que lord Lansing se ha reformado? Y ya sabes lo que dicen las mujeres... Un donjuán reformado es un excelente marido.

—¡Tonterías! —le espetó Meredith—. No lo creo en absoluto.

Tía Letitia abrió desmesuradamente sus ojos de un azul desteñido y miró a su hermana, que hizo un mohín de asombro al captar el significado de esa mirada.

—Naturalmente, siempre es preferible optar por un caballero bondadoso y sensato como tu señor Chillton, querida —dijo Viola,

dejando que se le escapara una risita—. Me refiero a que un donjuán reformado sabe cómo... complacer a su esposa.

Al oír eso tía Letitia rompió a reír, hasta que se reclinó contra el respaldo del sofá junto a su hermana riendo a carcajadas y boqueando.

Por fin, cuando las dos ancianas se serenaron, Meredith cruzó los brazos y alzó orgullosa el mentón.

—Es posible, tía, pero me temo que ninguna mujer podrá saberlo nunca con seguridad, pues no existe un donjuán reformado.

Tía Letitia arqueó sus tupidas y canosas cejas.

—Pareces muy segura de ello, querida.

—Lo estoy —respondió Meredith sonriendo para sí. Atravesó la habitación, tomó del escritorio un cuaderno rojo y lo depositó en la mesa ante sus tías.

Tía Viola arrugó la nariz.

—Querida, cuando conociste al señor Chillton pensé que habías abandonado tu guía.

—Sí, Chillton es un caballero bondadoso y responsable, y he tenido la suerte de conocerlo —farfulló Meredith, escandalizada de que sus tías subestimaran su dedicación a su causa—. Pero mi reciente buena suerte no elimina la necesidad de advertir a otras jóvenes sobre los peligros que representan los donjuanes y libertinos de Londres. Supongo que no habréis olvidado lo que me hizo lord Pomeroy. —Meredith se estremeció al pronunciar ese nombre, haciéndola sentirse vulnerable y débil. Odiaba a ese hombre y el hecho de que ese horrible momento de su pasado la afectara hasta ese extremo.

—No, querida, no lo hemos olvidado. Viola y yo sabemos que escribir esa guía te ayudó a superar una época muy dolorosa en que te sentías desesperada.

Acto seguido sus tías cambiaron una determinada mirada. Meredith detestaba esa mirada más que el hecho de sentirse débil. Era la mirada de compasión que la sociedad le dirigía cada vez que tenía el valor de salir de casa. Lo cual hacía imprescindible que terminara su guía cuanto antes. Si Meredith podía ahorrar a una sola mujer el dolor de que se compadecieran de ella, de que se sintiera marginada, toda su escandalosa labor de documentación habría valido la pena.

Tía Letitia se levantó y tomó el cuaderno de la mesa.

—Pero ahora eres feliz, querida. Has conseguido atraer a un respetable hombre de negocios. —Tía Letitia abrió el cuaderno de Me-

redith y leyó la portada, escrita en tinta con una gruesa caligrafía—. Pero sigues investigando el tema para tu *Guía para protegerse de los donjuanes*.

—Así es —respondió Meredith mirando a su tía muy seria—. ¿No lo entiendes? Debo proseguir con mis investigaciones, ampliarlas. Después de más de dos años de trabajar con ahínco, casi he completado mi obra. Y utilizando a lord Lansing, el donjuán más famoso de todos, como mi último sujeto, pienso terminarla antes de que concluya la temporada.